

EL SIGNO DE LOS CUATRO

Manuel Valle

Libro: El signo de los cuatro
Autor: Manuel Valle
Editorial: Comares
Granada, 2006.

A lo largo del año 2006, desde mayo hasta diciembre, la editorial granadina Comares ha ido publicando los cuatro volúmenes que componen el ensayo de Manuel Valle sobre la figura del detective privado en la literatura anglosajona, englobados bajo el título general de *El signo de los cuatro*. Cada volumen está dedicado a uno de los autores fundamentales del género y el autor ha sentido la necesidad de especificar en cada caso las características propias, añadiendo un subtítulo a cada volumen: *La ciencia como ficción sentimental*, en el caso de Arthur Conan Doyle; *Historias sin historia de la naturaleza humana*, para Agatha Christie; *El tweed y la seda*, para Dashiell Hammett; y, finalmente, *Alma, corazón y vida* para el conjunto de las novelas de Raymond Chandler.

La obra constituye una amplia reflexión sobre una figura literaria relevante, la del detective privado, desde el mítico Sherlock Holmes de Conan Doyle hasta el legendario Philip Marlowe de Raymond Chandler, pasando por la anciana señorita Marple y Poirot, de Agatha Christie, y los personajes salidos de la pluma de Dashiell Hammett, fundamentalmente el Agente de la Continental y Sam Spade, pero también el gangster Ned Beaumont y el detective retirado Nick Charles.

Pero debemos advertir desde el principio que este ensayo no es un estudio más al uso, sino un análisis de profundo calado que no se remite únicamente a las lecturas del género más o menos tópicos (el cientifismo de Holmes junto con sus manías

personales, el carácter ridículo de Poirot o la condición de solterona de Marple, o el tópico del detective norteamericano marcado por el bourbon, la gabardina y el sombrero, junto al viejo y algo renqueante utilitario o el apartamento en un barrio no demasiado recomendable) sino que plantea su argumentación a partir de una premisa común a todos los personajes: su autonomía personal. Efectivamente, el ensayo de Manuel Valle va mostrando de manera minuciosa y detallada los perfiles de la autonomía personal de cada uno de los héroes del género, pero no se detiene ahí, sino que partiendo de esa autonomía personal realiza un análisis de la individualidad del sujeto en las sociedades burguesas y en los límites y condicionamientos que producen la subjetividad en el capitalismo: en el caso del detective londinense Holmes se trata de la autonomía científica que encubre en el fondo la autonomía de las clases aristocráticas respecto del poder del estado a partir de un curioso entrelazamiento de la teoría del contrato social lockeano con la polémica entre el iusnaturalismo y el positivismo jurídico; en el caso de Agatha Christie la autonomía de Poirot o Marple es mostrada como una extensión de la autonomía del Leviatán hobbesiano que sutura las contradicciones que provoca la guerra civil por la propiedad; en el caso de Hammett, la autonomía es, paradójicamente, uno de los requisitos para la explotación del detective, al que Valle percibe como un ejemplo paradigmático de las contradicciones del trabajo intelectual en el capitalismo desarrollado; en el caso de Chandler, Valle muestra la autonomía de Philip Marlowe convertida directamente en soledad.





« La lectura de los autores fundamentales del género de misterio le sirve al autor de *El signo de los cuatro* para reflexionar sobre cuestiones de rigurosa actualidad»

Si la «autonomía» o la «libertad» son los ejes fundamentales con que la ideología burguesa produce la individualidad personal del sujeto (una autonomía o libertad que no son en el fondo más que el trasunto ideológico de las relaciones sociales burguesas, algo que Valle anota siguiendo los planteamientos teóricos de Juan Carlos Rodríguez), la «soledad» es la otra cara de esta moneda. De nuevo el análisis que ofrece este ensayo sobre el problema de la «soledad» resulta hasta cierto punto novedoso y en gran medida de interés para comprender los problemas de la identidad personal en nuestras sociedades (incluso más aún que en el momento histórico en que los relatos de misterio fueron escritos). Pues no se trata, en opinión del autor, de que la «soledad» sea una elección del sujeto (algo que la ideología burguesa ha ido escenificando de un modo u otro desde sus inicios: desde la vida retirada de Fray Luis de León a las diversas caras de la marginalidad de los malditos o los dandys del XIX, pasando por los diversos tipos de torres de marfil o apartamentos más o menos pequeñoburgueses) ni tampoco una característica únicamente emocional o sentimental, sino que la soledad es un efecto objetivo del sistema en la sociedad capitalista. Atrapado por la contradicción entre la apetencia de propiedad y la consideración de los otros como competidores, el mundo hobbessiano (que Valle percibe en la obra de Agatha Christie y Dashiell Hammett) convierte a todos en individuos solitarios incapaces de enhebrar sus intereses y sus emociones. El caso de los personajes de Chandler es aún más lacerante: si las relaciones sociales capitalistas (lo que Chandler llama «la vida del dinero») han capilarizado completamente la vida de los hombres, la soledad aparece como un «no-lugar dentro del sistema» para aquellos que, como Philip Marlowe, se niegan a insertarse en el engranaje del sistema.

La lectura de los autores fundamentales del género de misterio le sirve al autor de *El signo de los cuatro* para reflexionar sobre cuestiones de rigurosa actualidad (la producción del individualismo en el capitalismo posfordista) presentando al

detective ante el espejo de algún texto clásico del marxismo. Si Marx y Engels habían podido escribir en el *Manifiesto comunista* (1848) que «todo lo que es sólido se desvanece en el aire» para aludir al trabajo de destrucción que la sociedad burguesa había practicado sobre las instituciones feudales consideradas como eternas e indestructibles, la figura del detective privado solitario es un ejemplo perfecto de cómo el desarrollo del capitalismo no se detiene y disuelve las propias instituciones que él mismo ha creado hasta llegar (al menos hasta hoy, aunque sólo sea tendencialmente) al que tal vez sea su verdadero «aparato ideológico»: el individuo solitario conectado vitalmente al sistema (desde su vinculación como cliente hasta su constitución ideológica como agente, voluntario o involuntario, de las empresas que lo producen y lo estructuran), que vive su pasión por la propiedad como un instinto natural pero que entiende las relaciones con los otros como un conflicto permanente de todos contra todos, un individuo que hace suyo vitalmente el sistema, invisibilizando las redes de explotación que lo estructuran (al sistema y al individuo). Por ello, la soledad de los héroes del género de misterio se convierte, en opinión del autor, no sólo en «*el signo de los cuatro*», sino en el signo de todos nosotros.

Estas son las líneas de fuerza de este ensayo, pero el lector que se adentre en sus páginas encontrará además una lectura sugerente de algunos de los títulos míticos del género, desde *El sabueso de los Baskerville* a *El asesinato de Roger Ackroyd*, desde *Diez negritos* a *Un cadáver en la biblioteca* o *Némesis*, pero también las imprescindibles *Cosecha roja*, *El halcón maltés* y por supuesto *La llave de cristal*, por no hablar de *El largo adiós*, considerado como un título mítico de la narrativa del siglo XX. Aunque sólo fuera por recordar de nuevo estas obras maestras de la narrativa merecería la pena acercarse a *El signo de los cuatro*.

Redacción de Laberinto